

DÍA FORESTAL MUNDIAL

Por:

Antonio CAMACHO Atalaya
Perito de Montes, de AITIM

El día 21 de marzo es el Día Forestal Mundial, cuya celebración trata de crear conciencia sobre la más temible espada de Damocles que amenaza actualmente a la humanidad: la contaminación a todos los niveles.

La solución a esta amenaza no es otra que la toma de conciencia de toda la sociedad sobre el problema en base a un exacto conocimiento de sus efectos. Sensibilizando al ciudadano sobre la contaminación, podemos esperar que ejerza una función crítica sobre los poderes públicos que ayude a tomar soluciones eficaces y que por su elevado coste inicial tendrán que ser costeadas por toda la nación.

Cuando inicialmente se instalaron las primeras fábricas contaminantes en la ría bilbaína, prácticamente nadie protestó. Cerca discurrían otros ríos límpidos y transparentes e incluso el mismo Nervión unos kilómetros más arriba lo seguía siendo. Cuando hace unos meses llovió barro rojizo, todos los pueblos del gran Bilbao protagonizaron una manifestación de protesta. Realmente toda esa zona, hoy en día, es herrumbrosa y de la más alta contaminación del país. De algún modo, el resto de España está en deuda con sus habitantes, pues aunque muchos de ellos no lo sepan han contribuido al desarrollo de toda la nación a costa de su salud. La más sucia calle de Valen-

cia, Zaragoza o Madrid no se puede comparar con la mayoría de las de Sestao o Baracaldo, donde un simple roce con sus paredes hace preciso llevar la chaqueta al tinte.

Situaciones como ésta hace unas décadas eran imprevisibles para la sociedad. Las pocas voces proféticas no eran escuchadas por los principales responsables ni por el común de sus habitantes, cegados por toda la cadena de puestos de trabajo y servicios derivados.

Actualmente, comarcas enteras de España, sin rastro de contaminación, piden con todas sus fuerzas la instalación de fábricas para que sus mejores hijos no emigren. Realmente lo que estas comarcas agrícolas precisan, y deberían darse cuenta sus representantes, es una correcta comercialización de sus productos, en base a una justa valoración de su proceso. Pero para ello es imprescindible que todo el ciclo de los productos agropecuarios quede bajo la administración de un único Ministerio. Es triste, y hace pensar, que en alimentación España no se autoabastezca. Mientras un quesero no gane más, a igualdad de rendimiento, que un chapista, los pueblos de España pedirán contaminación (eso sí, en pequeñas dosis) para sus comarcas.

He aquí cómo no sólo no estamos mentalizados para luchar contra la contaminación, sino que la favorecemos. Nuestros genuinos

quesos, elaborados por el propio pastor, producen como residuos abonos y piensos, mientras que las clásicas centrales lecheras constituyen unas de las principales fuentes de contaminación de nuestros ríos.

La salubridad del agua que bebemos está en principio asegurada por la pureza de nuestros manantiales y pozos, de donde procede todo el agua que consumimos. Pero, aunque esté lejana la impurificación masiva de nuestras fuentes de agua, ya se conocen casos en que ha sido preciso cegar pozos, contaminados por explotaciones mineras o arrastre e infiltración de abonos y pesticidas.

Visto en su inmensa grandeza, el mar nos parece una reserva de salud inagotable. Sobre su superficie no se produce contaminación importante, por lo que la evaporación de sus aguas dará lugar a lluvias sanas. La escasa media docena de importantes petroleros zozobrados, más los desechos aportados en las limpiezas de los barcos que surcan mares y océanos, parece que tiene poca consideración en tan enorme regazo. Lo peligroso de esta situación es que, inexorablemente, todas las contaminaciones producidas en los continentes, antes o después, van a parar al mar. Incluso los desechos nucleares, recubiertos en bloques de ¿larga duración?, son arrojados a las fosas marinas.

EL DECIMO SALON INTERNACIONAL DEL MUEBLE, DE PARIS

En la mente de todos están los variados vertidos que soportan los ríos procedentes de zonas urbanas y fabriles. Pocos piensan que cuando una avioneta fumiga una plantación sus componentes químicos acaban en el mar, aunque la costa más cercana esté a centenares de kilómetros. En efecto, el polvo o líquido fumigado, en gran parte, queda sobre las hojas, de donde es lavado por las lluvias y arrastrado al suelo y bien por arrastre o infiltración gran parte acaba en el arroyo más cercano, de donde será transportado al río y luego al mar. Los contaminantes gaseosos de nuestras ciudades sufren un proceso similar. ¿Pensamos en la «calidad» de los millones de metros cúbicos que cada día nuestros ríos entregan al mar? ¿Puede el mar soportar tan «ilustre» visita? Hoy por hoy, y hasta ahora, sí.

Si un día la superficie del mar se cubre, en superficies importantes, de una pátina parecida a la existente en los puertos de mar, la lluvia que regará nuestros campos será de grasa. Posiblemente nuestra generación no verá esta posibilidad, pero dejaremos un problema monstruoso a las generaciones venideras. La contaminación que empezó su desarrollo en progresión aritmética está en trance de convertirse en progresión geométrica, lo que sería espeluznante.

Estamos atacando los recursos naturales por varios frentes. La contaminación que llega por las desembocaduras de los ríos se extiende, principalmente, en manchas concéntricas sobre las costas, muy cerca de donde se encuentran los principales bancos de pesca de cada país. Voces autorizadas se alzan contra la reducción del tamaño de los agujeros de las redes. Llevar a la práctica acuerdos internacionales sobre protección de la fauna marina resulta difícilísimo.

Igualmente, en lo que al monte se refiere, su uso y abuso ha consistido a lo largo de la historia la

En el mes de enero se ha celebrado este «Salón», que ha reunido expositores de 27 países, ocupando España el cuarto lugar, tras Francia, Italia y Reino Unido.

El «Salón» no ha ofrecido novedades destacadas, permaneciendo cada país fiel a su imagen tradicional.

Los muebles franceses se caracterizan por la imitación de estilos clásicos y empleo creciente de la madera de roble.

Italia armoniza el empleo de la madera, el metal, los plásticos y las telas.

Inglaterra sigue fiel al estilo Victoriano.

Ha llamado la atención entre los muebles expuestos por firmas españolas, un armario de la firma «Cortell», de Valencia, en el que los nudos, lejos de estar disimulados u ocultos, aparecen como destacados elementos decorativos.

Alemania y Bélgica utilizan el tablero con exceso.

Los países nórdicos siguen con sus muebles funcionales, de línea pura, a base de madera maciza.

causa de innumerables desgracias de todo tipo.

Antes de nuestra era, el sur de Europa y la parte meridional de Asia tenían enormes bosques, de los que en la actualidad sólo quedan vestigios, en un caso por culpa de los gobiernos y en el otro por la densidad demográfica en esos países.

Así, en estas naciones asiáticas se alternan graves inundaciones con sequías devastadoras, con su secuela de hambre y miseria. Todo ello consecuencia de la tala de los

montes; su aniquilamiento acarrea la disminución de las precipitaciones y asimismo fuertes escorrentías de terrenos y muy poca infiltración.

En el bosque correctamente implantado, la multitud de seres vegetales y animales que lo forman están perfectamente entroncados en una comunidad armónica. Lo desconocido para el profano es que no por repoblar masivamente se consigue implantar un nuevo bosque con toda su capacidad benefactora hasta casi cincuenta años después de una tala abusiva.

La armonía que impera en un bosque centenario es el resultado de la convivencia de todos sus variados componentes, ya que los árboles, por sí solos, no forman un bosque.

El árbol, con ser el rey del monte, no es más que una parte de él. La inmensa fauna microbiana, sustento y albergue de los pequeños seres visibles, que a su vez son un escalón importantísimo, tanto para la calidad del suelo como para el escalón siguiente formado por pequeños animalillos y plántulas, necesitan del aporte masivo de follaje de los árboles para constituir el manto afieltrado característico del suelo boscoso, cuya capacidad en cavidades supera bastante más de la mitad del volumen del propio suelo.

En estas condiciones, el agua procedente de lluvias o deshielo que llega a un monte se infiltra lentamente en tan gigantesca esponja, impidiendo su pérdida por evaporación o escorrentía. Del mismo modo, cuando un bosque corona una montaña, las comarcas inferiores están protegidas tanto de aludes como de torrentes. La nieve rodeada por árboles, al quedar fracturada en pequeñas porciones, se le suprime la posibilidad de formar el alud.

Cuando el bosque no llega a la cúspide de la montaña nevada, los periódicos aludes van formando poco a poco un canal entre el arbolado hasta que acaban por llegar a los valles inferiores. Con todo, en años bonancibles, los renuevos pueden tomar consistencia hasta llegar a cerrar la brecha. Dura batalla la que sostiene el bosque contra aludes y torrentes.

Una comarca con bosque está protegida en muchos frentes. Sus fuentes y manantiales están siempre abastecidos por la lenta destilación del suelo forestal. Los ríos próximos reciben periódicas aportaciones del agua acumulada procedente de lluvias y deshielos, que

siempre tardan más en licuarse, permitiendo una fácil retención al bosque.

Todo el mundo es consciente de la cantidad de polvo que se genera en las ciudades, formado por los restos de las combustiones, el aportado por el aire erosionando paredes y suelos, el procedente de neumáticos y suelos de rodaduras urbanas, las inmundicias arrojadas al exterior por los propios vecinos, etcétera.

Las diferentes copas de los árboles, situadas en distintas alturas, actúan como un filtro cuando el aire arrastra y levanta el polvo, quedando retenido entre sus hojas y ramas. Al llover es arrastrado al suelo y así es fácil comprobar en las grandes ciudades que árboles alejados de los paseos tienen una costra en su base formada por cenizas algo húmedas y que no son otra cosa que el polvo impulsado por la lluvia tronco abajo. Con razón los grandes parques urbanos son auténticos pulmones para la ciudad.

Un pequeño parque bien distribuido es mucho el bien que hace en su entorno. Al tiempo que filtra el aire y amortigua su fuerza, produce oxígeno y llega hasta morir si la polución es muy fuerte, ya que sus hojas, recubiertas de los gases venenosos de la ciudad, pierden poder de síntesis, sobre todo cuando la estación es seca.

El ruido puede desaparecer hasta en un 80 por 100 en zonas de intenso tráfico o de ruidosas industrias si intercalamos un parque con la suficiente espesura y altura para conseguir la turbulencia de las ondas sónicas.

Los montes ubicados en las cercanías de las ciudades nunca deberían desaparecer. En ocasiones, razones de interés comunitario (autopistas, grandes hospitales, Ministerios, etc.) prevalecen y motivan la desaparición de zonas boscosas, cuando bien estudiada la situación

se podría haber encontrado soluciones sin quebranto para las zonas verdes.

En ocasiones, el propietario de algún arbolado, cuya situación está cercana a zonas residenciales o industriales, mueve su interés para cambiar la calificación de su parcela. Si este proceder es humanamente comprensible, los poderes públicos deberían actuar con visión de futuro impidiendo tal maniobra, porque si a un particular le asiste la razón y el derecho para buscar su lucro, también es de derecho que se proteja a toda una comunidad con una vida más sana, y que, por necesidades de la vida, su trabajo o su vivencia está forzosamente situada allí donde el poco arbolado palia los sinsabores del entorno. Al propietario afectado se le puede compensar con una exención de impuestos o la permuta de su parcela por otra situada en zona menos vital.

En general, la comunidad no estima las zonas verdes. Si se pone en disyuntiva crear un parque o edificar varios bloques, los ciudadanos prefieren el parque, pero en gran medida por dos razones: una, el evitarse la proximidad de más vecinos, y otra, porque en un parque siempre pueden solazarse ellos y su familia. La estima que mucha gente dice sentir por las zonas ajardinadas en realidad no es así. No hay más que ver la forma en que tratan los parques y las zonas festivas de excursión. Y sin ir tan lejos, de unos años a esta parte, muchos bloques de viviendas de renta media tienen a su alrededor espacios reservados para minijardines, que no son otra cosa más que nidos de polvo. Bien porque la inmobiliaria no los hizo o porque se hicieron y se destruyeron, zonas que podían alegrar y purificar el entorno están abandonadas por la desidia de sus habitantes, cuando por muy poco dinero se pueden convertir en alegres pinceladas de color y protegerlos de visitantes indeseables.

Recientemente, coincidiendo con el Día Forestal Mundial, una conocida marca de bebidas fomentó el aprecio hacia el árbol. Es de agradecer tal iniciativa, que por otra parte deberían seguir otras casas comerciales, porque es mucho lo que del árbol, y por extensión de toda la naturaleza, podemos recibir si lo conociéramos un poco mejor.

A tal fin, sería de desear que, como promoción a tan noble deseo, se aprovecharan todas las oportunidades que se presentaran, tales como la mencionada y las Ferias de la Flor que se celebran en Barcelona, Valencia, Madrid, etc., para editar un sencillo folleto explicativo de las ventajas de las zonas verdes, sintetizando en dibujos, fácilmente comprensibles, algunos ejemplos prácticos de interés para el particular y la comunidad.

Poco a poco iríamos consiguiendo una convivencia mejor y más sana. Como ejemplo a seguir ponemos punto final con la alabanza del árbol que figura en la entrada de una fábrica de embalajes de madera de Esplugas de Llobregat:

PLEGARIA DEL ARBOL

Tú, que pasas y levantas contra mí tu brazo, que inconsciente me zarandeas, antes de hacerme daño, mírame bien.

Yo soy el armazón de tu cuna, la madera de tu barca, la tabla de tu mesa, la puerta de tu casa, la viga que sostiene tu techo, la cama en que descansas.

Yo soy el mango de tu herramienta, el bastón de tu vejez, el mástil de tus ilusiones y esperanzas. Yo soy el fruto que te nutre y calma tu sed, la sombra bienhechora que

te cobija contra los ardores del sol, el refugio bondadoso de los pájaros que alegran con su canto tus horas y que limpian tus campos de insectos.

Yo soy la hermosura del paisaje, el encanto de tu huerta, la señal de la montaña, el lindero del camino.

Yo soy el calor de tu hogar en las noches largas y frías del invierno, el perfume que embalsama a todas horas el aire que respiras, el oxígeno que vivifica tu sangre, la salud de tu cuerpo y la alegría de tu alma, y hasta el fin, yo soy el ataúd que te acompaña al seno de la tierra.

Por todo eso, tú que me miras, tú que me plantaste por tu mano, tú que me diste el ser y puedes llamarme hijo, óyeme bien, mírame bien ¡y no me hagas daño!